

RECUERDOS Y REFLEXIONES DE UN OCTOGENARIO



Leoncio Afonso



DISCURSOS DE INGRESO
Academia Canaria de la Lengua

ISLAS CANARIAS
2003

© Academia Canaria de la Lengua
© Leoncio Afonso

Diseño de colección:
Bernardo Chevilly

Fotomecánica e impresión:
Litografía Romero, S. L.

Dep. Legal: TF. 1.995-2003

ISBN: 84-96059-16-2

Sr. Presidente, Sres. académicos, Sres.
Sras.

Mis palabras pretenden ser una serie de reflexiones, basadas en experiencias personales, a pesar de que nunca me ha gustado hablar de mí mismo. Como tengo muy asumida la cultura judeo cristiana en la que el tiempo tiene un papel fundamental, tanto el pasado como el futuro, y como yo ya no tengo futuro, sólo me referiré al pasado. A mis casi 87 años lo único que he acumulado es experiencia, lo que supone haber vivido muchos cambios, no sólo en mi estado físico, sino sobre todo en el mundo de las ideas y de los conocimientos. En realidad, a lo largo de mi trayectoria vital, aunque

siempre he sido el mismo, nunca he sido lo mismo, lo que me ha permitido asistir a profundos cambios de todo tipo. Baste reseñar, en este sentido, la II República Española, la Guerra Civil, la II Guerra Mundial, la Guerra Fría, y ahora las consecuencias de los atentados del 11 de septiembre y sus repercusiones más inmediatas, como las guerras de Afganistán e Iraq. Pero incluso en mayor medida que los conflictos citados, las transformaciones más importantes han ocurrido en el campo de las ideologías y en el fabuloso mundo del progreso técnico, que han dado lugar a profundas modificaciones en las costumbres y, sobre todo, en las relaciones sociales.

Esta rapidez en los cambios sociales e ideológicos provoca en la mayoría una gran inquietud ante el futuro, especialmente el más inmediato. Al hombre le gusta hacer previsiones, pero cuando no tiene referencias claras en las que apoyarse, surge el temor, que se manifiesta de dos formas: una mirar al pasado y la otra al futuro. La inseguridad produce una obsesión por asegu-

rarlo todo; se pretende tener todo «atado y bien atado», con la multiplicación de medidas restrictivas. Yo comparto la opinión del gran filósofo Julián Marías cuando escribe que «la planificación es el acto más inmoral que comete el hombre», pues al fin y al cabo es un acto de soberbia, que pretende organizar y encorsetar el futuro de acuerdo con los prejuicios del momento. Nuestra cultura judeo cristiana produce abundantes profetas de todo tipo, que pretenden inculcarnos miedo tanto al presente como al futuro, y sobre todo al desarrollo y al crecimiento, al mismo tiempo que incita a mirar al pasado como si quiéramos actualizarlo.

Lo único que no ha cambiado es la condición humana, que nunca se ha correspondido con las predicaciones de los antiguos y modernos redentores, estos últimos se presentan actualmente bajo los nombres de muchas ONG, de pacifistas, antimilitaristas, grupos antiglobalización, etc. Algunos científicos afirman que los homínidos hemos desarrollado el cerebro bajo el estí-

mulo de la agresividad y esta condición humana no la hemos perdido pese a las muchas normas o leyes establecidas para encorsetarla. La maldad humana existe y es muy difícil ponerle freno; no todos lo consiguen, a pesar de la existencia de tantos medios para evitarlo y de jueces para castigarlo. Si en la realidad los hombres fuéramos buenos, sobrarían las leyes, las fuerzas de seguridad, los jueces y las cárceles y demás medios de disuasión.

La palabra (San Juan y *Génesis*)

La gran conquista de la humanidad ha sido el lenguaje, no en balde San Juan comienza su evangelio diciendo: «En un principio fue la palabra y la palabra estaba con Dios y la palabra era Dios». Efectivamente, para los humanos la palabra es la principal forma de comunicación y sobre todo la forma de conceptualizar nuestro entorno. La cultura es sólo palabra. Por ejemplo, si digo *Duero*, para muchos el término no significará nada; para algunos se

trata de un río; para otros indicará incluso sus rasgos y su recorrido por la Meseta castellana, y sólo a unos pocos le recordará los magníficos versos que le dedicó Machado. Lo mismo podemos decir de la voz *sulfúrico* que nos puede sugerir desde su fórmula química, hasta su obtención y sus aplicaciones. Cuando estudiamos cualquier materia lo que hacemos es aprender el lenguaje específico de la misma. Por tanto, a medida que aumentamos nuestro lenguaje, a través del estudio y de los medios de comunicación, más nos alejamos del habla campesina. También ocurre que el valor semántico de muchas voces cambia con cierta rapidez, por ejemplo, la voz *progresista*, a la que se da cierto valor mágico, pues se pronuncia con oportunidad o sin ella, ahora la mayoría de sus connotaciones son radicalmente opuestas a las que la voz tenía cuando era joven.

Ya el libro del *Génesis* nos dice: «Todos los animales de la tierra y todas las aves del cielo los trajo Dios a Adán para que viese como los había de llamar; y en efecto, todos los nombres puestos por Adán a los

animales vivientes son sus nombres propios». El redactor de la Biblia se olvidó de incluir los nombres de las plantas, del espacio, las abstractas, etc.

Los que en la primera etapa de la vida tuvimos como lengua materna la que se hablaba en el campo de La Palma a comienzos del siglo XX —ya quedamos pocos supervivientes—, nos cuesta mucho tener conciencia de que muchas de las voces que aprendimos no se corresponden con el español general o bien se trata de formas en desuso parcial o total.

El hombre conceptualiza todo lo que le rodea y en especial lo relacionado con la actividad ejercida; o dicho de una forma más simple: convierte en palabra o da nombre a todo lo que le rodea y a lo que hace. Por ello, no puede sorprender que el lenguaje sea objeto de constante estudio, desde los más diversos puntos de vista, y que la primera Academia que se creó en España fue la de la Lengua y lo hizo bajo el lema de «limpia, fija y da esplendor», para asegurar la uniformidad en el lenguaje escrito. Con el

desarrollo del nacionalismo español surge de forma paralela el regionalismo, que en Canarias toma el nombre de indigenismo, especialmente en la historiografía. Pero después este proceso pasó a llamarse costumbrismo, y en una etapa más cercana adquiere un gran auge la llamada cultura popular, con primacía del folklore y del lenguaje, que pasa a denominarse identidad.

Caín y Abel: siervos, servidumbre y revueltas campesinas

Para entrar en lo básico en este tema he considerado oportuno recordar el texto bíblico cuando dice que «Abel fue pastor de ovejas y Caín labrador». Como consecuencia de ello, la tradición judeocristiana ha considerado siempre al campesino como heredero de Caín, y por tanto, como un ser maldito e inferior. Durante muchos siglos, y en la mayoría de los países cristianos, los agricultores tuvieron la condición más o menos opresiva de siervos, lo que con frecuencia provocó revueltas campesinas, que

también se produjeron en Canarias. Llevamos más de dos milenios en los cuales los campesinos han tenido una consideración social muy inferior. Recordemos al respecto un párrafo del discurso de Don Quijote a los pastores, al referirse a la Edad de Oro: «Todo era paz entonces, todo amistad, todo concordia; aún no se había atrevido la pesada reja del corvo arado a abrir ni visitar las entrañas piadosas de nuestra primera madre; que ella, aún sin ser forzada, ofrecía, por todas partes de su fértil y espacioso seno, lo que pudiese hartar, sustentar y deleitar a los hijos que entonces la poseían». Es decir, que los campesinos fueron los que nos hicieron perder la Edad de Oro. Este pensamiento también estaba ligado a la pugna entre pastores y campesinos en toda el área mediterránea y también se incorpora a la formación del sentimiento nacionalista. Así, en siglo XVIII, el Padre Isla acuñó la frase referida a los íberos diciendo que «eran felices, libres e independientes», que ahora se aplica a los guanches.

Los campesinos que roturaron las tierras de Canarias se convierten en los caínes de los guanches. Ahora, cuando los campesinos y su cultura han desaparecido, la antigua novela pastoril ha sido sustituida por la exaltación campesina, tanto en textos literarios como en artículos de prensa y, sobre todo, como fundamento de una identidad inventada, que considera el mundo campesino o de nuestros magos como una época feliz, libre e independiente, es decir, el mundo idílico de la Edad de Oro.

Los campesinos han sufrido a lo largo de la historia toda clase de abusos, no sólo la citada servidumbre del pasado, que una vez desaparecida se ha conservado hasta hace poco tiempo bajo otras formas por parte de los propietarios del suelo y de la población urbana, además de las autoridades locales, interesadas en mantener contenta a la población de las ciudades. Si alguno se molesta en leer la sección de la página del periódico *El Día* que recoge información sobre la segunda década del siglo XX, comprobará que la mayoría de las

reseñas están dedicadas a las cuestiones de abastecimiento. La comida era muy escasa y los campesinos estaban en la mira de las autoridades para resolver el problema a costa de los mismos.

Como ejemplo de lo anterior contaré una vivencia personal a comienzos de la II República. En esa época, un hermano mío se estableció en el Puerto de la Cruz y puso una pequeña tienda de víveres. Mi otro hermano le enviaba desde La Palma queso y frutas. Pero las autoridades de Santa Cruz de la Palma obligaban a vender en el mercado de la capital insular una parte de lo enviado a Tenerife a un precio inferior al de compra, para favorecer a la sociedad de la capital. Por tanto, en más de una ocasión me encontré en el mercado vendiendo estos productos.

Consecuencia de su situación de víctima permanente a lo largo de siglos, el campesino eludía en su lenguaje cualquier compromiso, como medio de autodefensa. En Canarias, La Gomera ha sido la isla donde los campesinos peor lo han pasado frente a

los que tenían algún tipo de poder. Hasta los años cincuenta del siglo XX se mantuvo el reparto de un tercio para el que trabajaba la tierra, mientras que para el resto del Archipiélago se mantenía la fórmula de la medianería o sea una mitad de lo producido para cada parte. De ello deriva la fama del lenguaje evasivo de los gomeros en Canarias para evitar comprometerse. En el caso de España, fueron los campesinos gallegos los que históricamente sufrieron la peor situación y han sido tomados como modelo de lenguaje elusivo.

En Canarias, hasta el éxodo campesino de los años sesenta del siglo XX, los agricultores vivieron en pésimas condiciones. Las imágenes que recuerdo de pequeño son muy semejantes a las que ofrece la televisión relativas al tercer mundo, lo mismo que la siguiente frase de Benigno Carballo Wangüemert, escrita hacia 1860, cuando dice: «ni tampoco lo llevaré por las sendas difíciles de Tijarafe, Puntagorda y Garafía, ni llamaré su atención sobre los infelices habitantes de estos pueblos, que se alber-

gan los más en las cuevas de los barrancos, llevando allí con harta desgracia suya, una vida de miseria y privaciones». Todavía el *Nomenclátor* de 1900 recoge que en los municipios rurales de Canarias la mayoría de la población vivía en cuevas y chozas.

Los campesinos que conocí en mi niñez trabajaban mucho y vivían muy mal, pues la agricultura de secano no alcanzaba para producir el suficiente alimento. Los paisajes agrarios que tanto admiramos, cuyas fotografías ilustran tantas publicaciones, con sus bancales, paredones, sorribas y cortavientos, son el fruto de la miseria y soluciones de mucho coste, en trabajo humano, para obtener algo de alimento con que subsistir. Ahora las admiramos y en algunos casos se invierte dinero público para conservarlo, aunque han dejado de ser funcionales. Voy a poner tres ejemplos de dicha situación:

I. Yo nací en 1916. Durante la Primera Guerra Mundial, la miseria obligó a muchos a asar pencas de tuneras para alimentarse, además de comer las raíces de helecho una vez secas y molidas a modo de gofio.

2. En estos tiempos en que abundan los servicios sociales en las administraciones públicas, quizá merezca la pena decir que el único servicio que existía en mi pueblo y en otros municipios era una caja que se prestaba para llevar al cementerio los cadáveres de los pobres, que eran casi todos, la cual había que devolver para ser reutilizada.

3. Por último, recuerdo que mi padre, siendo alcalde, creó una escuela y varios vecinos le dijeron lo siguiente: «Antonio, con esa escuela has traído la ruina al pueblo». Entonces los maestros los pagaba el Ayuntamiento, por lo que cobraban tarde y mal. Ahora, cuando regreso a mi pueblo, siento una gran satisfacción al encontrarlo tan cambiado y sus habitantes sin pasar hambre y con comodidades que eran impensables en mi adolescencia. Por otra parte, fui el primero que accedió a la Universidad y ahora son muchos los paisanos que no sólo han pasado por las aulas universitarias sino que incluso desempeñan un importante papel en éstas.

Adolescencia

En línea con lo anterior, voy a hacer unas referencias a mi adolescencia, a pesar de la desazón que ello me produce. Para mejor situarnos en el tiempo, comentaré que nací en el seno de una familia campesina en un pueblo palmero situado junto a la capital de la Isla, siempre conocida con el nombre de la Ciudad. La burguesía capitalina, que en el Antiguo Régimen era la propietaria de la tierra, se fue desprendiendo de las fincas que tenía más lejos, pero conservó durante más tiempo las que estaban más próximas a la capital y éste era el caso de mi pueblo.

Cuando estudié el bachillerato, como era el único «mago» entre los alumnos del curso, pues todos los demás eran los hijos de los burgueses locales, mi lenguaje era el de los campesinos, por lo que tuve que sufrir de manera constante las burlas de mis compañeros, con el agravante de que era el más pequeñajo. Sólo voy a citar una escena que aún conservo vívida: varios compañe-

ros me estaban molestando, por lo que les dije no me repujes, lo que les produjo grandes carcajadas y aparecieron las burlas. Variantes de lo anterior se producían casi todos los días. Otro hecho que recuerdo con nitidez fue el día en que me enseñaron a subir correctamente las escaleras, pues los que aprendimos a caminar por suelos muy irregulares, levantábamos mucho los pies al andar, para no tropezar, y por tanto, en las escaleras elevábamos los pies para dejarlos caer casi verticalmente sobre los escalones. En cambio, ahora me molesta andar sobre los recuperados adoquines de algunas calles, hechos con un tipo de basalto que carece de la calidad adecuada para este fin y que inicialmente fueron instalados para carruajes.

Se canta lo que se pierde

Según el conocido verso de Machado, explica claramente por qué ahora está de moda cantar las excelencias de la vida agrícola más o menos reciente y estudiar las

costumbres de los campesinos, especialmente su folklore y su lenguaje. La gran cantidad de trabajos existentes en la actualidad sobre estos temas son en realidad “necrológicas” de lo que se ha perdido, hechas con el propósito de exaltarlo. A esta tarea han dedicado su esfuerzo la casi totalidad de los investigadores actuales. Un ejemplo de ello es la creación de esta Academia Canaria de la Lengua, cuya principal preocupación es estudiar un lenguaje que unos pocos ancianos aún conservan, pero que en la realidad social ya se ha perdido, y cuyo espíritu responde al verso de Machado antes citado.

Para quienes tenemos bastantes vivencias de la antigua relación entre la población urbana y campesina, ahora nos resulta una burda parodia el ver disfrazada a la elite urbana de supuestos campesinos. El canto romántico a los desaparecidos campesinos es algo que a un anciano mago como yo, dedicado durante mucho tiempo a la búsqueda de interrelaciones entre hombre y espacio, le parece la invención lí-

rica de un mundo irreal, pero que ha penetrado profundamente en la sociedad actual. El panorama se completa con la visión de muchos intelectuales y políticos que han convertido los antiguos utensilios de los campesinos en “trofeos” para exhibir en sus lujosas viviendas.

Ahora cuando regreso a mi pueblo, disfruto al comprobar que cada vez se parece menos al de mi niñez, que han desaparecido las barreras existentes entre el hombre del campo y el de ciudad, y la identidad que observo es la general de la cultura española. El lenguaje con el que fui humillado ya ha desaparecido de la realidad social.

Por todo ello, puedo decir que no recuerdo con gusto la mayoría de las costumbres que he vivido, o dicho de otro modo, con las identidades que he recibido durante mi niñez y adolescencia, al igual que en el resto de mi ya larga vida. Por el contrario, me resulta maravilloso que las actuales generaciones de canarios asuman como propia una identidad general, casi universal, correspondiente a una sociedad abierta y des-

arrollada. Éste es uno de los muchos cambios que he percibido y que me ha resultado más asombroso. Sin embargo, esto no es más que una pequeña muestra de la capacidad humana de adaptación, de la posibilidad de convertir en propio lo que en realidad le es totalmente ajeno. Pero la mitificación de la realidad también pertenece a la condición humana, y en el caso de Canarias ha tomado como base de sustentación las tradiciones campesinas, que a lo largo del tiempo histórico anterior fueron despreciadas y ahora son exaltadas.

Como mi dedicación profesional básica ha sido la Geografía, he tenido ocasión de comprobar que desde cada punto de vista del espacio se contempla una realidad diferente; no se ve lo mismo desde un altozano que mirando desde la zona baja. Es decir, se trata de perspectivas distintas, pero necesarias para conocer la conexión que existe entre las mismas y poder alcanzar un conocimiento razonable, en lugar de disponer de un solo punto de mira, que nos ofrece una realidad incompleta y por lo tanto par-

cial, además siempre he tomado como referencia la medida general y nunca la canaria. Por ello, frente al cambio cultural de las últimas décadas, que indudablemente han facilitado los medios de comunicación, que llegan a la totalidad de la población y han uniformado el lenguaje y las costumbres, resulta llamativo el abismo que se ha levantado entre la realidad social y el modelo de identidad que hemos inventado.

Pero como la fantasía humana no tiene límites, podemos terminar este discurso diciendo que todo lo que contribuye a mejorar la calidad de vida puede ser considerado como bueno, aunque no lleve implícito ser más felices, pues los innumerables profetas que tratan de amedrentarnos consiguen que sean muchos los que vean el futuro con temor, pero a lo largo de mi vida he comprobado que los profetas de turno nunca acertaron, por lo que tengo una gran fe en un futuro mejor y distinto, aunque yo no lo disfrutaré, por ello, siento una gran nostalgia del futuro, en el sentido primario de esta palabra.

